

La ciudad: continuidades y discontinuidades

Cristián Santibáñez Yáñez

*Importa poco saber orientarse en la ciudad.
Perderse, en cambio, en una ciudad, como quien se
pierde en un bosque, requiere un aprendizaje.*

Walter Benjamin

*Las ciudades, como los sueños, están construidas de
deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea
secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas
engañosas y toda cosa esconda otra.*

Ítalo Calvino

Introducción

Los epígrafes citados muestran dos experiencias muy distintas respecto de la ciudad. En una lectura introductoria a éstos, lo que se ve expresado es el punto de vista de quien reconoce el continuo ordenamiento de la norma urbana para el comportamiento humano, en términos generales, y el punto de vista de quien no deja de manifestar todo lo absurdo, irregular, tramposo y, a veces esquizofrénico –sin intentar ir más lejos con el comentario- que hay en la vida urbana. Ambas observaciones, además, son representativas de las sensibilidades más extremas sobre el tópico. El acercamiento intermedio lo expresó, entre otros, Rama en su *La ciudad letrada* (1984) cuando señaló que las ciudades despliegan dos formas distintas y sobrepuestas de experimentarla: la física, y la simbólica; mientras la primera impone a quien se aventura en la ciudad los peligros del extravío, la segunda entrega todas las señales del orden y de la interpretación para quien, no obstante, sabe descifrar sus códigos.

Uno de los contra-argumentos al intento de centrar la discusión en los extremos de los acercamientos reflexivos a la ciudad es que, en el caso de estos epígrafes por ejemplo, en el siglo pasado las experiencias en la ciudad fueron testigos de cambios vertiginosos, producidos, entre

otras muchas razones, por las transformaciones tecnológicas, los aumentos de población y las irregularidades del modelo liberal de acumulación, lo que haría imposible pensar siquiera en una comparación entre estas experiencias: entre las observaciones de Benjamin y Calvino median, por lo bajo, cincuenta años.

Esta última visión es la que se ha impuesto, con mediana facilidad, en la mayoría de los ambientes académicos, artísticos e incluso cotidianos, que opinan sobre el *objeto* ciudad; en otras palabras, se ha impuesto la lectura que enfatiza las discontinuidades del desarrollo urbano, lo que, por lo mismo, impide utilizar palabras como organización, continuidad y/o evolución de la ciudad, más allá también de que tampoco es la política correcta hablar en estos últimos términos.

En efecto, desde hace treinta años somos testigo de una vasta bibliografía que profundiza en los cambios que, supuestamente, son radicales en las ciudades de este último siglo, lo que ha sido coronado con la conclusión de que hay ciudades globales, ciudades mediáticas, ciudades informacionales o del conocimiento, por un lado, y ciudades fragmentadas, violentas por antonomasia, agónicas y excluyentes, por otro.

De la mano de Sassen (2000, 1991) se insiste en la distancia en la organización urbana que manifiestan las ciudades globales (Londres, New York, Tokio)¹ que, entre otros factores, se caracterizan por concentrar conocimiento, tener oficinas de operación de información, poseer empresas y personas que procesan y distribuyen capital, altamente flexibles a las exigencias del mercado, etc., respecto de las ciudades que carecen de todas estas características, por los menos a gran escala. En el texto editado por Caws (1991), que reúne artículos provenientes de la literatura, la filosofía y el análisis de films, y ya con un tenor claramente posmoderno, se encuentran trabajos que enfatizan la idea de fragmentación en la experiencia citadina contemporánea; García Canclini (2001, 1995), Reguillo (2003), Poblete (2003), Bencomo

(2003), cada uno analizando temas específicos, dando ejemplos de caso, exponiendo datos estadísticos, dan argumentos sobre experiencias periféricas, excluidas, explicando que en el seno de las ciudades de hoy sólo hay movimientos de una masa que, una vez dispersa, se fragmenta y atomiza irremediabilmente; llaman a estas ciudades megalópolis, tal como lo hace Olialquiaga (1993) para describirlas en su relación con la estética que inauguran, a pesar de que en una de sus últimas publicaciones (*Las ruinas del futuro: arquitectura modernista y Kitsch*, 2003) revisa la posición inicial. Liggett (2003) en la misma línea de unir arte, espacios urbanos y ciudad, reflexiona sobre las formas de exclusión que la ciudad genera en las calles, en los espacios que se consideran públicos. Vinculados al tema de la relación violencia-ciudad, encontramos los trabajos reunidos por Mabel Moraña (2002), los que poseen como eje ordenador la denuncia de las formas que adquiere la violencia en las ciudades latinoamericanas, las expectativas de sus moradores, y los procedimientos de socialización que se asimilan bajo estas características. Volvemos a ver esta visión de la ciudad como fragmentación, discontinuidad y exclusión en Soja (2000, 1996), quien ofrece el nombre de *posmetrópolis* para referirse a las ciudades con tales rasgos luego de centrar su análisis en las condiciones económicas de producción de geografías del espacio, en clara perspectiva posmoderna. Davis (1990) y Harvey (1989), así como Soja y los ya citados Bencomo, García Canclini, Olialquiaga, Reguillo, entre muchos, ponen también el énfasis en los procesos de fragmentación que inaugura la ciudad globalizada, y sin asumir del todo la posición posmoderna, intentan describir la creación de espacios urbanos de fines del siglo XX y el papel que le cabe al individuo en tanto productor de una resistencia cotidiana al anonimato, la exclusión y la división de clase espacial. En Zimmerman (2003) encontramos una síntesis y discusión de las posturas de Castells, García Canclini, Harvey, Sassen y Soja, entre otros, a veces coincidiendo con la versión que analiza a la ciudad como un continuo de

fragmentación y exclusión, otras indicando lo que le falta a estas posiciones para comprender lo que le sucede a las ciudades en el proceso de globalización.

Ya en una línea más específica, Pike (1996) une la experiencia del cuerpo con la planificación urbana, dando cuenta de la intensa comunicación entre ambos dadas las coordenadas con las cuales la segunda maneja al primero; Pike sigue en lo fundamental la ruta inaugurada, a su modo, por Edward Hall (1999) en sus clásicos estudios de proxémica y organización espacial.

Estas introductorias notas bibliográficas sólo son una muestra de la sensibilidad de discontinuidad que reflexiona a la ciudad, con cierta certeza, apocalípticamente.

Textos que nos ubican en el intermedio, son las recopilaciones de LeGates y Stout (1996), quienes reúnen un panorama exhaustivo al juntar ensayos que describen el papel de la ciudad en la antigüedad, con textos clásicos de la sociología y los estudios en planificación urbana que muestran su evolución y puntos de ruptura, junto a otros de marcado perfil postmoderno. Sobre la misma orientación, encontramos la edición de Sharpe y Wallock (1989), cuyos trabajos seleccionados dan cuenta de una gama amplia en las procedencias de las descripciones. Y la recopilación de Miles, Hall y Borden (2000) hace lo propio al reunir distintas aproximaciones sobre la ciudad, al juntar reflexiones clásicas sobre la ciudad con puntos de vista marcadamente posmodernos.

Un punto aparte, sin duda, es el viaje teórico y de análisis empírico de Castells (1977, 1983, 1995, 1996) que comenzó hace mucho con la profundización de los puntos de continuidad de las regularidades de la planificación urbana, con el análisis del papel de los movimientos sociales en las reestructuraciones de esa planificación urbana, terminando hoy sus juicios con la adopción del concepto de *ciudad informacional* para señalar la radical transformación de los

últimos veinte o treinta años. Quien quiera emitir algún juicio sobre urbanización, transformación de la ciudad, procesos económicos asociados y transformaciones de todo tipo en la organización del espacio de la ciudad, no puede eludir los estudios de Castells.

Desde la postura de continuidad, creo que el trabajo de Lewis Mumford (1989) es suficiente para ver lo implicado en relación con la evolución de la ciudad y las reiteradas acusaciones de fragmentación, dispersión, exclusión y masificación que genera a lo largo de la historia. Peter Hall (2002), a pesar de que sólo se remite a la ciudad moderna, también es un texto obligado para quien quiera comentar algo con prudencia sobre la ciudad en esta línea analítica. El detallado texto de Sica (1981), dado que es una historia del urbanismo europeo, precisamente nos da cuenta del papel del capitalismo preindustrial e industrial, de los cambios tecnológicos en transportes y comunicación que posibilitan el ascenso de la ciudad tecnificada. Este también es un texto que muestra el cambio evolutivo de la ciudad.

Sobre la base de tan poderosas lecturas de la ciudad, en términos de posiciones posibles para analizarla, en este trabajo intentaré recorrer un poco más la posición de continuidad, dado que siempre los consensos unánimes que se producen en torno a los tópicos de las ciencias sociales borran, por convicción o moda, los modos en que se producen tales obligaciones reflexivas.

Así, en los desarrollos que siguen, trataré tres aspectos que en la agenda de la investigación actual sobre la ciudad aparecen, en términos generales, como situaciones nuevas originadas por las presiones de la globalización. De esto modo, en un primer punto abordaré algunos antecedentes históricos para indagar la forma en que en otras épocas se ha experimentado la ciudad como espacio de negociación. Este trabajo genealógico nos llevará a apreciar el perfil preferentemente comercial que tuvo, por ejemplo, el surgimiento de la ciudad

moderna. No obstante, se expondrán algunos contrapuntos en relación con la ciudad medieval y la antigua. Pero, por sobre todo, en este apartado se distinguirán las características básicas de la ciudad en tanto espacio negociado entre los distintos grupos sociales que la iban ocupando. La tesis principal aquí es que la ciudad moderna (1400 hasta hoy) no ha perdido su característica como centro de intercambio económico, y a partir de allí, sus configuraciones políticas y culturales.

Breves apuntes sobre la experiencia callejera y urbana son los que constituyen el segundo aspecto tocado aquí. Sin dilatar la exposición de la posición asumida, ésta se resume así: desde una mirada de la vida cotidiana y el tiempo del instante, esto es, a escala de los acontecimientos de la individualidad que se apropia de la ciudad, ésta es siempre violenta, fragmentada y excluyente.

La ciudad como lugar de producción, asimilación y distribución de conocimiento, constituye el tercer y último aspecto de esta investigación. La tesis que orienta esta sección es que el conocimiento (moderno y/o posmoderno, científico o narrativo) es y ha sido ciudadano.

Urbanidad y comercio

La Biblia en el Libro de Enoch señala que la primera ciudad de la historia es la fundada por Caín con el nombre de su hijo tiempo después de ser expulsado por matar a su hermano Abel. Esta mitología, como otras, nos da una pista para interpretar la reiterada asociación que se acentúa entre ciudad y violencia². No obstante, sin ser una discusión acabada, es probable que dicho relato se refiera más a un asentamiento humano que a una ciudad en sentido estricto, pues de inmediato habría que señalar que una ciudad no es sólo un gran espacio de aglutinamiento de gente que se dedica a labores diferentes de las del campo, sino que, pareciera ser, una ciudad es

tal cuando el diseño urbano, la tecnología de la organización del espacio está en función de actividades como la administración, el comercio, la artesanía y el sacerdocio, como elementos básicos de su constitución. De este modo, por ejemplo, los arquitectos, planificadores y diseñadores de espacio consideran para Latinoamérica a Caral y Cahuachi (en Perú), y la cultura Nasca en general, la primera manifestación, tres mil años antes de Cristo, de un diseño urbano definido con evidentes muestras de planificación del espacio y los servicios para quienes las habitaban y, por supuesto, para quienes las gobernaban.

Aun desde una perspectiva general, la sensibilidad sociológica nos describe la ciudad como un foco de poder político, centro de vida económica, religiosa y social, como también un lugar de innovaciones tecnológicas, científicas y filosóficas.

Nombres memorables de la antigua Grecia fueron Ictinos y Calicrates, arquitectos del Partenón que pensaron de este modo la planificación urbana; también cabe mencionar a Hipodamo considerado un iluminado en materias de diseño urbano cuyos principios de planificación más completos se reconocieron en la localidad de Prieno. En la misma línea histórica, la importancia alcanzada por la ciudad de Atenas, como eje cultural y político, fue en función del ágora donde los ciudadanos (sólo algunos considerados como tales, por cierto), se reunían para definir el futuro de la ciudad. En Roma ese centro pasó a ser dominado por el foro, y en torno a él se proyectó, tímidamente en ese entonces, el tramado urbano cuadriculado y su extensión de diseño la figura del rectángulo que ve en la edad media, en particular en la España conquistadora, el comienzo de su imitación³.

Todavía desde un ángulo amplio, debemos recordar que la ciudad como eje económico y político se consolidó con el advenimiento del Estado-Nación en el siglo XVII, a partir de lo cual la organización territorial destinó a las ciudades pequeñas como encargadas del control

provincial y a las ciudades centrales como encargadas del control nacional; para estas últimas se conservó el nombre de capital. Sin embargo, este juicio que siempre se tiene como una ruptura frente a la organización administrativa del territorio tiene en la antigüedad citas obligadas como referencias en rol de ciudades principales como centros de control de vastos territorios: Babilonia y su extensión administrativa en la cultura Mesopotámica (sin mencionar el papel de Eridu o Nippur para los sumerios), Caral para el caso de la cultura Nasca prehispánica, o, como ejemplo clásico, la centralidad de Roma como ciudad eje para la administración del norte de África, sur y norte de Europa, y medio oriente.

Entre los extremos de las manifestaciones tempranas de ciudades antes de Cristo y la organización moderna, los diseños de la edad media expusieron sofisticadas formas de control del espacio que bajo el dominio del clero ha sido uno de los diseños que, precisamente, se exportó a América con la conquista: el espacio como tablero de ajedrez en cuyo centro estaba la plaza, y en la que en su entorno inmediato concentraba, y aún concentra, la gobernación, la catedral, el centro cultural y el *centro español*; este último espacio es un tipo de casona que reunía a los peninsulares militares para sus horas de ocio.

Cada uno de los periodos aquí simplemente nombrados contiene material suficiente para observar el rol que jugó la ciudad en la organización social, o mejor, como ella refleja la organización societal.

Pero sobre nuestros antecedentes inmediatos de las formas en que las ciudades modernas fueron adquiriendo su perfil, en un no tan conocido y a la vez sólido ensayo titulado *La Ciudad*, cuya edición alemana data de 1921, Max Weber exponía las características de la organización de la ciudad que ha disputado, junto al diseño de *tablero*, las formas de montaje de las ciudades en América entera, producidos en Europa.

Ya en el comienzo de su estudio Weber distingue algunos criterios según los cuales es usual hablar de ciudad:

Se puede intentar definir la “ciudad” de muy diversos modos. Todas las definiciones tendrán, sin embargo, un elemento común: la ciudad no consiste en uno o en muchos edificios asentados separadamente, sino que, por el contrario, constituye un hábitat concentrado (o, al menos, relativamente concentrado), una “localidad”. En las ciudades (y no solamente en ellas) las casas están construidas guardando entre sí una gran proximidad; en la actualidad se construyen, generalmente, pared con pared. La representación corriente con la que se asocia hoy la palabra “ciudad” ofrece unas características puramente cuantitativas: la ciudad es una gran localidad; este criterio no es, en sí mismo, falso. Desde el punto de vista sociológico la ciudad equivaldría a una gran concentración de casas colindantes, dispuestas en orden compacto, que forman una aglomeración dotada de una identidad tan amplia que en ella no se produce la agrupación ordinaria y específica de la vecindad caracterizada por un conocimiento personal y recíproco entre sus habitantes. Si nos atenemos a esta definición sólo las grandes localidades serían ciudades, pero hay que tener en cuenta que el criterio que se utiliza para demarcar el concepto de ciudad depende también de condicionamientos culturales, por ello no sería aplicable en este caso a localidades que en el pasado poseyeron legalmente el carácter de ciudades. Y así en la Rusia actual existen “aldeas” (por ejemplo en la zona de asentamientos polacos al este de Alemania) que cuentan con varios de miles de habitantes y que son, por tanto, mucho más grandes que un buen número de “ciudades” antiguas que no tenían más que algunas centenas de habitantes. En suma, el tamaño no constituye, por sí solo, un criterio discriminatorio (Weber 3-4)

Weber nos recuerda que no sólo el aspecto económico, en tanto *fenómeno* de transacción, es lo que define a una ciudad, puesto que en casi toda Europa existía desde la edad media hacia delante asentamientos en los que existía explotación “industrial” de sus recursos. Al respecto señala:

Otro factor que habría que tener en cuenta para poder hablar de “ciudad” es la existencia de intercambios comerciales regulares, y no sólo ocasionales en la localidad, intercambios que constituyan un componente esencial en los modos de vida de sus habitantes, es decir, que la localidad se caracterice por poseer un mercado. Y, sin embargo, tampoco es suficiente la presencia de cualquier mercado para constituir una ciudad... Hablaremos de “ciudad”, en el sentido económico, cuando la población residente en una localidad satisfaga una parte económica sustancial de sus necesidades en el mercado local, gracias sobre todo a los productos que dicha población, y la de los alrededores inmediatos, hayan fabricado o se hayan procurado para venderlos en el mercado. Toda ciudad, en el sentido que le hemos conferido aquí a esta palabra, es un “lugar de mercado”, es decir, toda ciudad tiene como centro económico del asentamiento un mercado... La ciudad, en su origen, y sobre todo cuando se distingue formalmente del campo, es normalmente tanto un lugar de mercado como una sede feudal o principesca: posee centros económicos de dos tipos, oikos y mercado, y, con frecuencia además del mercado local se celebran en ella grandes ferias periódicas abiertas a comerciantes itinerantes. La ciudad es, pues, en el sentido que aquí le otorgamos a esta palabra, un asentamiento comercial. La existencia del mercado se sustenta frecuentemente sobre una concesión una promesa de protección por parte de un señor, o de un príncipe, quienes están interesados en que exista una oferta regular de artículos extranjeros de tipo comercial así como de productos industriales del mercado exterior con el fin de percibir derechos, gastos de séquito y otros gastos de protección como tasas de mercado y tasas sobre transacciones. Están también interesados en que se produzca en la localidad el asentamiento de empresarios y de comerciantes susceptibles de pagar impuestos (Weber 4-5)

Esta última cita parece muy cercana respecto de la realidad que describe. Si agregamos algunas de las coordenadas actuales, en particular las de la rapidez y cantidad de los intercambios comerciales en las ciudades (instantáneos, por miles), las palabras de Weber muestran con facilidad una línea de continuidad. Una ciudad como Tokio, o mejor, Nueva Delhi en la India, exponen estos patrones básicos de comportamiento: las autoridades atraen a los inversores, éstos provenientes de países centrales inauguran una fábrica de una marca mundial, se dan puestos de trabajos a bajo costo y la concomitante explotación, el dinero es gastado en el mercado interno, la circulación de bienes se mantiene, las autoridades rescatan impuestos, etc., etc., etc. Este esquema, elemental aún, se reproduce por cientos en América Latina, África y Asia.

Lo importante es que en la ciudad, como forma de convivencia, se construye la economía política urbana, la que intenta garantizar el abastecimiento regular de alimentos y mantener la moderación de los precios, así como la estabilidad de la actividad de productores y comerciantes.

Desde un punto de vista político-administrativo, la ciudad moderna tiene raigambre muy antiguo. En la Edad Media existían “ciudades” en sentido jurídico, a pesar de que las nueve décimas partes de sus habitantes vivían del cultivo de tierras. Pero:

El paso de semejantes ciudades “semi-rurales” a una ciudad de consumidores, de productores o de comerciantes se realiza con fluidez, ya que de hecho la aglomeración administrativa considerada “ciudad”, diferente de la aldea, difiere sólo en un elemento, por lo general, de las formas rurales de propiedad: el modo de reglamentación de las relaciones de propiedad de la tierra. En las ciudades, en el sentido económico del término este modo de regulación está condicionado por la especificidad de la propiedad territorial urbana (la propiedad inmobiliaria) al lado de la cual la tierra, sea cual sea, es siempre accesoria (Weber 15)

El término consumidores resulta conocido. No obstante, ser consumidor, comerciante o productor en el comienzo de la organización citadina moderna sólo venía asegurado por la fraternización. Esta fraternización, también de cuño antiguo (en Atenas quienes querían ocupar cargos públicos debían comprobar su lugar de culto en la misma) viene asegurada por los lazos de común acuerdo entre clases a través del juramento. Este rito, en su forma, es reemplazado en

la democracia actual por el voto como participación ciudadana, por un lado, y por el resguardo policial, por otro. El contrato social en las ciudades es en función de obligaciones de actividad cívica, en calidad de urbano. En la edad media y la temprana modernidad los obispos daban prerrogativas y privilegios a los sujetos que vivían en la ciudad: *Otras veces –como en Inglaterra anglosajona- la autorización para abrir un mercado era un privilegio exclusivo que los señores vecinos otorgaban a sus siervos a los que además imponían la venta de granos* (Weber 53).

Lo que da sin duda el carácter de ciudad a un territorio es su división en “comunidades” donde la fraternización era y es más fácil de dominar:

La comunidad urbana en el sentido estricto del término es un fenómeno únicamente generalizable en Occidente. Se pueden encontrar también algunos casos en una zona del Próximo Oriente (Siria, Fenicia y quizá Mesopotamia), pero pertenecen a determinados periodos únicamente y aparecen en forma incipiente. De hecho las aglomeraciones para ser “comunidades” debían de poseer un carácter industrial y comercial relativamente predominantes y presentar las siguientes características: 1.- fortificaciones, 2.- mercado, 3- tribunal propio y derecho propio aunque no estuviesen desarrollados, 4.- formas de asociación en correspondencia con lo anterior, 5.- autonomía, aunque fuese parcial, y autocefalia y, por tanto, una administración de poderes públicos constituidos con la participación de los ciudadanos... De donde se deduce que la característica fundamental de la ciudad, en sentido político, fue la constitución de un estamento separado de los demás y portador de los privilegios de la ciudad: el estamento de los burgueses (Weber 23)

Los burgueses son el resultado “natural” de la delegación de tareas en los gobiernos locales de las comunas. Sus derechos y deberes eran concedidos por los ancianos, los connotados, los propietarios que vivían en las ciudades y que, sea formal o informalmente, se asociaban en función de fuertes lazos de compromiso y, sobre todo, con el objetivo de gobernar las ciudades que crecían y que debían controlar a los inversores, a los comerciantes y a los extranjeros. En Venecia, Florencia, Munich, Londres, Rusia, los extranjeros, el movimiento inmigratorio en general, fue un recurso necesario para el crecimiento. Se solicitaban especialistas en planificación comercial y urbana, lo que también provenía de una práctica medieval, la de alojar “tribus invitadas”.

Pero la fraternización, evidentemente, no se produjo sin mediar muchas veces los movimientos sociales, la lucha armada, política o económica en la Edad Media, sino que se fue formando a través de éstos, vía conquista de derechos, consensos entre clases, estrategias de administración de localidades. Así por ejemplo, Castells (1983) nos recuerda que en los territorios de Castilla hacia 1520 los movimientos de los comuneros (empleados, artesanos, mercaderes) posibilitaron el surgimiento, pausado, de formas alternativas de administración de la ciudad y el territorio urbano:

In terms of its social basis the *Comunidades* were primarily a movement of the urban middle classes (clerks, artisans, merchants) in the free cities. They were joined by a sector of the religious orders and by some isolated elements of the low-level nobility (the *caballeros*).

The immediate enemy of the movement was precisely the segment of the nobility living in the cities, the *caballeros*. But they were not opposed because they were nobles, but because they were the ones that, according to the royal laws, held the power in the municipal institutions. The *comuneros* did not originally fight against the feudal lords. They only reluctantly confronted them in a second stage of the revolution when the nobles threw their armies against the cities, fearful of the effects of the political agitation upon the social order of the countryside and upon the democratic character of the future state. At its birth, the *Comunidades* were not a class movement; they were, on the contrary, a multi-class, popular movement that did not recognize itself as a "class", but as a community (*comunidad*)...

The *comuneros* gathered all urban social classes around the municipal institutions. Thus the *Comunidades* were not a class movement. Such an important statement needs some further elaboration. First, we should note that all classes and social groups that participated in the movement were strictly urban. They represented a great diversity of social situations that we will call "low popular strata", including out-of-work artisans, masterless domestic servants, low-level bureaucrats, street merchants, and errant peasants arriving in the city to escape serfdom. When we refer to the "urban social group" we must keep in mind the specificity of the social context of the Castilian cities in the sixteenth century and, more generally, the human world of the European city at the origins of the modern age (Castells 6)

Como en el caso de la organización de las ciudades de Castilla, en toda Europa las ciudades se formaron por la fuerza y presión que ejercían los grupos por administrar conjuntamente su territorio, incluidos los que estaban de paso, en función de la organización comunitaria entre grupos, clases, imposiciones y acuerdos.

Tales imposiciones y acuerdos lentamente fueron armando un tejido de administración urbana en que las profesiones, los cargos públicos, el rol del inmigrante, del empresario, del vago, y de todos los que componen una ciudad, tienen un papel que, experimentado con satisfacción o insatisfacción, da carácter a la vida urbana.

Pero como ha quedado expresado en las citas, la necesidad de participar de las riquezas que produce la ciudad se mantiene, con grados de más o menos congruencia, hasta hoy en sus formatos de organización: los poderes públicos, como los tribunales, los gobiernos locales y la fuerza militar, aparecen como un “ejército” de funcionarios que viven de rentas públicas generadas por la administración de la riqueza nacional y los impuestos.

Desde una perspectiva contemporánea, los salarios de los agentes públicos provienen de la regulación estatal de la actividad comercial pública y privada, por una parte, y los acuerdos y obligaciones que adquiere la empresa privada en la administración de la actividad pública, tal como en sus comienzos bajo el patrón de fraternización. El comercio está basado en un pacto judicialmente definido en que las partes respetan cláusulas de intercambio, pero que en términos genealógicos reflejan los intereses de las capas sociales que constituyen a las ciudades. Una parte importante del resguardo en las ciudades de ayer y hoy es la relación con el foráneo, con sus hábitos de intercambio, con sus potencialidades y debilidades, pero sobre todo con sus deberes impuestos y sus derechos, las más de las veces, escondidos por la sombra de la categoría de ciudadanía.

La calle y el extranjero

Como ayer, los intercambios económicos de hoy producen una periferia integrada por personas que no acceden a los beneficios de la ciudad. Pero la periferia no es sólo provocada por la imposibilidad de participar activamente en la economía del “lugar”, sino, y más crudamente, por la imposibilidad de algunos de tener o manejar los signos urbanos de tránsito cultural: formas de comportamiento, lengua del lugar, categoría civil, status migratorio, etc.

El *clochard*, el indigente, el loco, el de minoría, en la mayoría de los casos, proviene de algún tipo de inadaptación que la ciudad, con todos sus controles no asume, ni siquiera identifica.

Berman (1992) trata este tópico, y lo nombra con la metonimia de “el hombre del subsuelo de la calle”, con una figura discursiva de doble marginación: subsuelo y calle. La calle es uno de los espejos de una ciudad, en ella no sólo se producen intercambios, reuniones, fiestas populares, tránsitos casuales, sino que también es la testigo de la búsqueda de protagonismo de los desposeídos, los necesitados y los marginados, algunos de éstos por voluntad, pero la mayoría por no tener otra opción. En la calle el extranjero se hace una imagen de la ciudad y su sensibilidad. En la calle de la ciudad y su apropiación íntima, tanto el “nativo” como el “extranjero” se ven amenazados, a pesar de los esfuerzos por proveer seguridad.

Mucho sobre ese aspecto ha sido meditado, con toda claridad y justicia, desde las desigualdades que provoca el modelo económico que reproduce a escala las exclusiones. Sin embargo, este fenómeno es un hecho que ha acompañado el paso de las ciudades, y mientras en otras épocas la exclusión se debió a problemas de orden religioso, militar o étnico, en nuestros días ha tomado un cariz fundamentalmente económico y étnico, siendo en el último caso la exclusión racial con la concomitante producción de guetos dentro de las ciudades. Así, este aspecto de la ciudad no puede ser pensado desde la categoría de lo nuevo.

Los datos para sostener una continuidad de las formas de la exclusión urbana, pueden ser obtenidos de los registros periodísticos de época, de los estudios antropológicos, de los archivos psiquiátricos, o de los testimonios narrativos de novelas, cuentos y poesía de autores que han vivido de distinto modo la ciudad⁴.

Empezando por los registros periodísticos, y sin remontarnos tan lejos, leo en el periódico *La Prensa*, editado en San Antonio, Texas, el 25 de marzo de 1920, una disputa entre Blasco

Ibáñez y Querido Moheno⁵, y para ser exactos la respuesta ejemplar de Moheno cuyo tópico es denunciar la misma “calidad” de hechos en cualquier gran ciudad de comienzos del siglo XX.

Las palabras de Moheno son las siguientes tras la opinión nefasta de Blasco Ibáñez sobre ciudad de México:

Agrega usted que durante el día la ciudad es animada y bullente pero cuando descienden las tinieblas de la noche, un sudario de tristeza envuelve la ciudad. Por las calles, iluminadas como para una fiesta regia, circulan contados transeúntes; sólo frente a los teatros, cines y salones de espectáculos se encuentran grupos de gente. Olvidó usted decir, señor Ibáñez, que exactamente lo mismo sucede en New York: sólo se ven grupos de gentes en los focos de las diversiones, como sucede en Broadway desde la plaza del Harald hasta la del Times y algunas cuerdas hacia arriba; pero si del Metropolitan Opera House, o del Hotel Astor o de los almacenes de Gimbell Brothers se corre usted unos cuantos metros hacia el Este, se encuentra con que a las ocho de la noche, en plena 5ª. Avenida, la avenida imperial de New York, hay escenario apropiado para brujas y para trasgos y aún para lances de capa y espada a la mortecina luz de un mal mechero de gas como si estuviéramos en Valladolid en tiempos de don Álvaro de Luna y no en el corazón de New York, a pocos pasos de la casa de Vanderbilt

La cita no sólo nos muestra el talento literario y la capacidad de observación de Moheno, sino que nos muestra lapidariamente la experiencia cotidiana que tiene un individuo corriente con el equipamiento que provoca su, segura, mala fortuna en una noche cualquiera.

También leo el número del 18 de Mayo de 1925 de La Prensa, y en su sección de Comentarios rápidos, encuentro la siguiente carta de un “consumidor” de aquel entonces que la envía desde Nueva York:

El crimen nuestro de cada día

La única regla que parece no tener excepción es la de que no transcurren 24 horas sin que se cometa un crimen gordo en Nueva York. Cuando menos, no hay diario que se estime cuya primera plana no traiga la relación, sino de asesinatos, de asaltos a mano armada cuando menos, recompensados con la adquisición de un rico botín en joyas o en dinero.

Si los datos cotidianos de la prensa son exactos, ningún negocio produce a los empresarios ganancias más pingües que el asalto a un banco o a una joyería de Nueva York; y aun cuando a nadie se oculta que la ejecución de una de estas hazañas bursátiles debe de tener sus peligros, como que el trabajo requiere ser hecho de día y en un lugar público porque, claro, para encontrar dinero hay que ir a los depósitos de los banqueros y de los comerciantes ricos, la aventura resulta casi invariablemente una cosa segura

El robo, el asalto, el ultraje, todas manifestaciones de la inseguridad, tal vez, sustancial a la ciudad.

De todos modos, en esos espacios de anonimato que la calle acoge, el extranjero a veces encuentra el único espacio urbano, pues las luces de las galerías habituales le ofrecen una

compañía, ya que forman parte del intertexto de imágenes familiares de cualquier ciudad, por lo que no es extraño encontrar en esquinas grupos hijos del silencio de lo que la ciudad no quiere hablar explícitamente, pero cuyas fórmulas de silenciamiento fracasan constantemente.

Estas experiencias tienen en el inmigrado encarnación prototípica. El extranjero es un hecho natural a la ciudad, propio de su formación y no subsidiario de esta época que no se cansa en auto-describirse como globalizada.

La literatura sirve ampliamente para ejemplificar este punto. La literatura de herencia hispana en los Estados Unidos⁶, es un expediente rico en imágenes para observar la búsqueda de identidad del híbrido dentro de una metrópoli que en términos políticos lo desconoce cotidianamente. Tato Laviera⁷, por ejemplo, en su poema “Juana Bochisme” retrata con el ritmo poético del significante lingüístico la música producida por el “vecino” de herencia caribeña en Nueva York que mezcla el jazz y la salsa, que tiene como superficie y fondo el *tempo* pausado y cadencioso del latino que mueve a su ritmo una ciudad que lo amenaza de mil formas, apropiándose de sus esquinas como si fuera una de sus habitaciones: de hecho la calle es una extensión de su casa. En otro poema, titulado “La señora Cima y su anafre”, se retrata la experiencia de la ciudad a partir del barrio, donde las paredes de sus edificios escuchan y cuentan lo que escuchan, y donde el anafre es la metáfora perfecta para nombrar el corrosivo aceite que una tras otra vez fríe los problemas de quien es excluido por su escaso poder económico, por su color de piel, por su origen étnico.

Si retrocedemos un poco en la huella de esta literatura americana de herencia hispana, encontramos la primera novela producida por un latino en Estados Unidos en el año 1862. La novela es *Lucas Guevara* y su autor Alirio Díaz Guerra. En esta novela se expone con toda crudeza y vitalidad lo que significa una ciudad para el foráneo: imágenes tecnológicas

arrebatadoras para el latino neófito, encuentros con una riqueza espontánea, experiencias con mujeres de fantasías, bohemia interminable, etc.; pero para quien desconoce todos estos signos de tránsito, esto se convierte, a la larga o la corta, en una amenaza galopante que primero lo advierte, y que al final lo vence, atrapando al incauto en relaciones interesadas, en explotación corporal, en deudas crecientes, en enfermedades y, no necesariamente en final literario, en el suicidio.

Para los efectos de una teoría social o para las conclusiones de un crítico cultural, estas imágenes literarias son materia expresiva suficiente para describir formas de exclusión, violencia y fragmentación.

En una línea posmoderna, y no exenta de curvas innecesarias en el lenguaje descriptivo, Olialquiaga (1993), como lo sostuve en la introducción, describe la experiencia de la ciudad actual como una pérdida de referencia colectiva en la que el collage pornográfico de la obsesión por la repetición de tropos publicitarios incita a una experiencia vacía de la ciudad, puesto que la iconografía substituta del cuerpo, la alegoría rutinaria de la imagen producida por la tecnología desplaza toda indicación humana de la ocupación real de los espacios. En la urbe, la tecnología provoca la atemporalidad de los sentidos, lo que efectivamente amenaza la fraternidad temprana de la ciudad moderna⁸.

Pero si hacemos nuevamente el contrapunto con nuestros antecedentes antiguos, y retomando la relación fundacional del compuesto ciudad-violencia, Azara con meridiana claridad nos expone el vínculo arquitectura-espacio urbano-violencia:

No obstante también puede afirmarse que la arquitectura es una prueba del alejamiento del hombre de dios, esto es, de su caída. Sin la expulsión, y sin Caín, (o sin el fratricidio cometido), las ciudades a modo de cerrados refugios frente al desierto y la selva, no existirían... La complejidad de la figura de constructor se pone de manifiesto cuando, por un lado, aparece como un asesino y, por otro, Yahvé amenaza a todo aquél que atente contra Caín una vez que éste ha sido condenado a errar el resto de su vida. Se observa, además, la paradoja que las ciudades fueron creadas por seres errantes que, en principio, no necesitaban un hogar fijo, emplazado en un lugar. La ciudad era, pues, el hogar de los sin

hogar, de los abandonados de la mano de dios, de los desafortunados, los apátridas, los expulsados (los chivos expiatorios, como se ha dicho a veces).

La arquitectura y la ciudad era la señal visible de, y el remedio al abandono. El remedio a la soledad absoluta como es el abandono por parte divina.

Una obra como la ciudad no podía estar al alcance de cualquiera. Era la creación de aquel que había levantado la mano contra su propio hermano. ¿Era esto origen del desprecio por la ciudad que la Biblia en general manifiesta, como se ha dicho a veces? Se acepte o no la comparación, lo cierto es que, aunque los fenómenos no sean necesariamente equiparables o parangonables, Roma fue fundada por fraticida, Siracusa es obra de un asesino, o el mismo Orestes aparece como fundador de un cierto número de ciudades jonias después de –y no antes- de su matricidio. ¿Casualidad?, ¿son hechos que significan cosas distintas en función del medio cultural y de eventos históricos particulares?; ¿todas las ciudades son obra del diablo –como se afirma en el libro de Enoch? (Azara 158-59)

Toda afirmación similar a esta cita parte no sólo de un estudio de biblioteca, sino de un conocimiento de experiencia que actualmente se vuelve programa de investigación en los centros que las ciudades “construyen” para observarse: las universidades y todo tipo de institución urbana productora de saber.

El conocimiento es de la ciudad

La estrecha relación entre ciudad y conocimiento, ciudad e información, es una de las cruciales, toda vez que la ciudad crece, y los individuos que en ellas habitan, con la profunda convicción de que conoce lo que hay afuera, de que se sabe algo más que la naturaleza arrojada. De este modo, así como cambian los mecanismos de conocimiento, así va cambiando la relación de la ciudad con su mundo interior y con lo que queda excluido.

Los ejemplos en la historia de las ciudades no muestra que ésta y sus formas de seguridad se expanden por el control de la información. Burke (2001) nos entrega esclarecedores comentarios del papel de algunas ciudades en los comienzos de la modernidad en cuanto adquisición de información y conocimiento se refiere:

La ventaja de Sevilla como centro de información, especialmente durante los años de mayor prosperidad del siglo XVI, se debió al hecho de ser el único lugar oficial de entrada de la plata que llegaba a España desde México y Perú. La llegada anual de la flota de la plata traía información sobre el nuevo mundo. Que el médico Nicolás Monardes fuera capaz de escribir sus famosos libros sobre las drogas de América sin dejar Sevilla natal demuestra las oportunidades informativas que ofrecía esa ciudad... Por lo que a Venecia se refiere, un historiador francés la describió hace ahora medio siglo como “la más importante agencia de información de comienzos del mundo moderno”. La ventaja de

Venecia durante los siglos XV y XVI fue su posición de agente de Bolsa entre Oriente y Occidente. Del imperio marítimo veneciano formaron parte también Dalmacia, Chipre (hasta 1570) y Creta. El imperio Otomano era un vecino poderoso, por lo que el conocimiento de la personalidad y las políticas de los sultanes y grandes visires, así como del movimiento de tropas y galeras turcas era algo necesario para la supervivencia política de Venecia. Al oficial veneciano conocido como el *bailo* se le enviaba a Estambul no sólo para defender los intereses de la colonia de mercaderes venecianos establecidos en la ciudad, sino también para que tuviese informado al dux y a sus consejeros de las noticias de interés político (obtenidas a menudo de los intérpretes y médicos del sultán)... (Burke 87-8)

Globalización temprana del conocimiento. En estas citas no sólo vemos el papel de la ciudad como centro, sino la política de sus gobernantes para defenderla a través de la información, sin mediar en fórmulas, a través del espionaje si es necesario, dado que, según las contingencias, la información privilegiada es sensible a intereses varios.

Uno de los puntos, entonces, es observar, por un lado, que el grado de importancia de una ciudad está en relación con el tipo y calidad de información que genere y, por otro, con el tipo de conocimiento, saber o información que atraiga. De allí que la adquisición de información, ayer y hoy, no sólo depende de la cantidad y calidad de conocimiento que produzca en proporción con la cantidad de instituciones que se dedican a la empresa del conocimiento, sino también del atractivo en su calidad de vida para que los que poseen la información se motiven en visitarla y estacionarse en ella. A pesar de las nuevas tecnologías de comunicación, de traspaso de información, de la rapidez y soportes técnicos para su entrega, aun hoy todas las ciudades del mundo, así como la situación económica lo permita, se esfuerzan por consolidar espacios de recepción de individuos, pues al parecer nada aún supera la presencia. Si tomamos los propios argumentos de Sassen respecto de la existencia de ciudades globales en que una de sus características es ser centros de producción, adquisición, distribución y procesamiento de información (las ya citadas Ámsterdam, Londres, New York, Tokio), notamos que cada una en sus mercados inmediatos y en relación también con mercados amplios, compiten por traer los mejores estudiantes, los profesionales de punta, técnicos de alta calificación, etc.

Este aspecto del movimiento de personas y conocimiento entre ciudades ya era expresión de la vida urbana antigua, medieval temprana y tardía. Burke, por ejemplo, nos da una detallada descripción del papel que jugó cada ciudad en la formación de instituciones del conocimiento, por un lado, y en la acogida del estudiante extranjero, por otro. Entre estas ciudades destaca por mucho Roma:

...Roma fue también un centro de información erudita. Sus organizaciones educativas, famosas en toda Europa, incluían La Sapienza, el Colegio romano y una serie de colegios donde los estudiantes extranjeros se formaban como misioneros: entre otros, el Colegio germánico (1532), el Colegio griego (1577), el Colegio inglés (1578), el Colegio maronita (1584) y el Colegio irlandés (1628). Roma albergaba también academias como los Lincei y los Umoresti y otras instituciones menos formales como los círculos del anticuario Fulvio Orsini, del connoisseur Casiano del Pozzo y del polifacético Athanasius Kircher. Roma atraía a sabios de Francia, España, Alemania y otros lugares... (Burke 92)

Si reemplazamos a Roma por New York, California, Boston, etc., nos encontramos con un creciente número de estudiantes foráneos, con un sin número de instituciones especializadas en el conocimiento; pero también nos encontramos con bares y cafés que albergan, como en toda ciudad, la reflexión casual y estimulante.

Tres citas breves arrojan sendos argumentos para revalorizar lo que denominamos globalización y/o ciudad de la información:

El crecimiento de los servicios de información en las ciudades a comienzo de la edad moderna fue, en parte, consecuencia de la división del trabajo y, en parte, una respuesta a la creciente demanda de información, demanda que era en realidad una reacción al sentido de desorientación generado por la vida en las grandes ciudades de Europa. Estas ciudades empezaban a producir cantidades crecientes de información acerca de sí mismas... (Burke 98)

Las ciudades de comienzo de la edad moderna pueden describirse igualmente como centros de cálculo, crítica y síntesis... La adaptación de conocimientos locales o incluso “periféricos” a los intereses del centro se vio estimulada por el uso de cuestionarios... que, como las estadísticas, facilitaron el establecimiento de comparaciones y contraposiciones... La elaboración del conocimiento a través de todos estos pasos fue una tarea colectiva en la que participaron sabios junto a burócratas, artistas e impresores... (Burke 104)

Las minorías lingüísticas, realmente prominentes en ciertas ciudades europeas, desempeñaron un papel importante en el proceso de elaboración, vinculando de esta manera la microgeografía del conocimiento con su macrogeografía. En Venecia, por ejemplo, los griegos y los “eslavos”... colaboraron en la producción de libros, textos griegos clásicos en el primer caso y textos litúrgicos en el segundo... (Burke 105)

Estas líneas pueden servir de ayuda para comprender que, dada la extensión en población y territorio de algunas ciudades, las tecnologías actuales de comunicación sean una respuesta más que una causa de la proliferación de espacios urbanos atestados.

Con todo, lo que no se debe evadir en la perspectiva de la relación ciudad-conocimiento, es que el primer factor de este eje siempre ha sido un centro de cálculo, crítica y síntesis de información, tal como lo hacen las personas, tal como lo hacen las máquinas.

Cafés, bares, bibliotecas, imprentas, salas de lectura, parques, son los lugares que la ciudad crea para conocerse a sí misma y a quienes la habitan. Libros, revistas, periódicos, folletines, dípticos, panfletos, imágenes, pantallas, discursos a pleno pulmón, son algunos de los mecanismos con los que la ciudad cuenta para distribuir la noticia, comentar la información, estandarizar su conocimiento. Según la época y la tecnología en relación, la ciudad siempre procuró informarse de sí.

La ciudad no se da cuenta hoy de que ella es estructura y acto de estructuración del conocimiento, de la información

NOTAS:

¹ Peter Hall (2002) coincidiendo en términos generales con Castells y Sassen respecto de los parámetros que definen a las, así llamadas, ciudades globales, señala que son pocas las ciudades que, en realidad, cumplen con los requisitos. Por ejemplo, a pesar de que Ámsterdam cumple cualitativamente con ellos, sus operaciones, cuantitativamente hablando, no se comparan con las ya inalcanzables Londres, Nueva York y Tokio respecto a lo que de concentración de servicios se refiere. En una tipología sugerente, Hall resume que existirían (para el caso Europeo) ciertos fenómenos urbanos que, ligados a los cambios de las tecnologías de comunicación y transportes, como a los procesos de producción, permitirían juntar grupos de ciudades en triangulaciones de cooperación urbana (lo que se conoce como *Golden Triangle* –triángulo dorado–), en que en una región urbana dos o más ciudades funcionan como capitales (como en caso de la relación Bruselas, Ámsterdam y Francfort.) Con todo, Hall propone la siguiente tipología: Ciudades globales, Regiones urbanas en franjas periféricas o corredores, Ciudades regionales alejadas, Capitales de región o de estado, Capitales de condado, y Centros de servicios especializados.

² “Cuentan las leyendas que Arquias fundó Siracusa después de huir de Mileto tras haber asesinado a su amante. Leucipo fundó Cretineo, cerca de Mileto, tras matar a su padre y haberse unido a su hermana. Tanagra es obra de Poimandro, asesino de su hijo. Pilas, tras matar a su tío, fundó dos ciudades, una en Mesenia y la segunda en la Élida, llamadas las dos Pilos. Pitane dio nombre a su ciudad tras exponer a su hija. Telégono, el hijo que Ulises habría tenido con Circe, tras matar a su padre, fundó Túsculo y Praeneste en Italia. La lista de ejemplos no es infinita, pero sí sensiblemente más larga” (Azara 158)

³ Para un panorama adecuado de la extensión y representación de la ciudad de Roma en su diseño interno, como también de sus manifestaciones en las conquistas sucesivas de nuevos territorios con la evidente imitación del modelo, ver Mumford, 1989. Sin embargo, el diseño cuadrículado es un modelo que se utiliza profusamente a partir de fines del siglo XVIII y, con mayor insistencia, en el siglo XIX, dado la creciente preponderancia de la razón económica y técnica en el uso del espacio. El diseño de cuadro (damero, como se llama en jerga arquitectónica) se concibe óptimo pues sus costos de producción son más bajos, facilita un manejo administrativo más expedito y uniformiza la urbanización en general. Con todo, en Roma, París, Londres, Ámsterdam, etc., y las manifestaciones tempranas de las ciudades de América toda, incluida las del norte, los diseños urbanos son cruzados por “las avenidas”, las que exteriorizan aun más la supremacía de la razón militar en la construcción de ciudades, tal como para América del Sur, en su costa pacífica, queda de manifiesto en los planes de la urbanización española.

⁴ Claramente los datos provenientes de disciplinas como la sociología o la psicología social, o los que producen instituciones que investigan directamente los índices de criminalidad, violencia, pobreza, drogas, hacinamiento, entre otros innumerables problemas de las ciudades, en especial de las capitales latinoamericanas, son suficiente para tener un cuadro apropiado de la magnitud del problema. Sin embargo, si realizamos una investigación de esta índole sobrepasamos los aspectos estrictamente relacionados con diseños urbanos, planificación espacial, y nos sumergimos en los problemas de distribución de ingreso, trabajo, cesantía, mundo joven, que exceden los puntos vinculados a la idea de “imagen de ciudad”, que es el aquí tocado. No obstante, encontramos en Hopenhayn (2002) y Reguillo-Cruz (2002) notas introductorias a estos últimos aspectos. Me detengo en el legado de la literatura hispana en Estados Unidos por dos razones: primero, porque la presencia hispana en los Estados Unidos, desde sus comienzos, aun es un legado que se oculta, y segundo, porque casi sin excepción, las ciudades norteamericanas fueron construidas con los brazos, sudores, esperanzas y usos de los hispanos provenientes de América del Sur, Centro América y el Caribe, sin contar con la presencia masiva de mexicanos.

⁵ Vicente Blasco Ibáñez y Querido Moheno son dos destacados intelectuales de comienzo de siglo XX. Blasco Ibáñez fue un literato español que produjo ensayos, textos periodísticos y novelas, siendo este último género el que recibió uno de sus mayores logros bajo el título *Los jinetes del Apocalipsis*, que en el año 1961 con la dirección de Vincente Minnelli tuvo versión cinematográfica, y que hasta el día de hoy se utiliza en juegos de vídeos, sin ninguna referencia intertextual, por cierto, a la obra de Blasco Ibáñez. Es interesante señalar, por otro lado, que el conocido escritor y artista chileno Pedro Lemebel, junto a Francisco Casas, creó el grupo de performance de crítica política y cultural *Las yeguas del Apocalipsis*, que, justamente, con sus puestas en escena denunciaron de distintos modos la violencia dictatorial del régimen de Augusto Pinochet y la extensión de su control sobre la ciudad, siendo así que mucha de la crítica de *Las Yeguas* fue en contra de la organización de la ciudad que representó, no sólo y evidentemente, los esfuerzos por doblegar a la oposición mayoritaria al régimen dictatorial, sino sobre todo por representar la nueva idea de urbanización que asimiló del modelo neoliberal, por un lado, y de la arquitectura de modernización acelerada, por otro. Sobre este último aspecto, el de la relación ciudad y modernización en el siglo XX en América Latina, ver, entre otros, el trabajo de Gorelik, 2003. Por su parte, Querido Moheno fue un abogado y político mexicano exiliado por el régimen de Venustiano Carranza, que se radicó por un tiempo en la ciudad de San Antonio, Estados Unidos, y desde donde participó con su talento en la pluma en Revista Mexicana, un periódico editado por Nemesio García Naranjo entre 1915 y 1920 que se oponía frontalmente a todas las políticas de Carranza. El extracto citado se obtuvo de los archivos del Proyecto *Recovering U.S. Hispanic Literary Heritage*, Departamento de Lenguas Modernas y Clásicas, Universidad de Houston, Estados Unidos.

⁶ Para un acercamiento detallado sobre la literatura hispana en los Estados Unidos, ver Kanellos, 2001.

⁷ Nacido en Santurce, Puerto Rico, pero emigrado a temprana edad a Estados Unidos, Tato Laviera es uno de los poetas hispanos en los Estados Unidos más reconocidos y exitosos. Consulto su texto *La carreta Made a U-Turn*, 1979.

⁸ Augé (1995), que ensaya juicios antropológicos sobre la condición espacial de la sociedad *sobremoderna*, como él la llama a la actual, nombra como espacios del anonimato a aquellos que carecen de una referencia al paso del tiempo, en los que el individuo olvida su sujeción a lo colectivo participativo.

Obras Citadas

Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1995.

-
- Azara, Pedro. "Por qué la fundación de la ciudad". *La fundación de la ciudad. Mitos y ritos en el mundo antiguo*. Barcelona: Ediciones de la Universitat Politècnica de Catalunya, SL, 2000. 157-161.
- Bencomo, Anadeli. "La rebelión de la multitud: nuevas fuerzas urbanas". *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Muñoz, Boris & Spitta, Silvia, (eds.). Pittsburg, PA: Biblioteca de América, 2003. 185-206.
- Benjamín, Walter. *Discursos interrumpidos, I. Filosofía del arte y de la historia*. Madrid: Editorial Taurus, 1992.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Editorial Siglo XXI, 1998.
- Burke, Peter. *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Editorial Paidós, 2002.
- Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ediciones Siruela, 1992.
- Castells, Manuel. *La era de la información, Vol. 1. La Sociedad Red*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1996.
- . *La ciudad informacional*. Madrid: Editorial Alianza, 1995.
- . *The City and the Grassroots*. Berkeley: University of California Press, 1983.
- . *The Urban Question*. London: Edward Arnold, 1977.
- Caws, Mary Ann, (ed.). *City Images: Perspectives from Literature, Philosophy, and Film*. New York: Gordon and Breach, 1991.
- Davis, Mike. *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*. New York: Vintage Books, 1990.
- Díaz Guerra, Alirio. *Lucas Guevara*. Houston: Arte Público Press, 2001.
- García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2001.
- . *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo, 1995.
- Gorelik, Adrián. "Ciudad, Modernidad, Modernización". *Universitas Humanistica*, 56, 2003. 10-27.
- Hall, Edward. *La dimensión oculta*. México: Editorial Siglo XXI, 1999.
- Hall, Peter. *Cities of Tomorrow*. Essex: Blackwell Publishing, 2002.
- . "La redefinición de las ciudades europeas". *Ciudades intermedias, urbanización y sostenibilidad*. Bellet, C. & Llop, C. (eds.) Lleida: Pagés Editors, 2002.
- Harvey, David. *The Condition of Posmodernity*. Oxford: Basil Blackwell, 1989.
- Hopenhayn, Martín. "Droga y violencia: fantasmas de la nueva metrópoli latinoamericana". *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg: University of Pittsburg, 2002. 69-90.
- Kanellos, Nicolás. *Antología de la literatura hispana en los Estados Unidos*. Houston: Arte Público Press, 2001.
- La Prensa*. San Antonio, Texas: La Prensa, 1913-1962.
- Laviera, Tato. *La carreta Made a U-Turn*. Houston: Arte Público Press, 1979.
- LeGates, Richard & Stout, Frederic (eds.). *The City Reader*. London: Routledge, 1996.
- Liggett, Helen. *Urban Encounters*. Minnesota: University of Minnesota Press, 2003.
- Miles, M., Hall, T. & Borden, I. (ed). *The city culture reader*. London: Routledge, 2000.
- Mumford, Lewis. *The City in history*. San Diego: Harcourt, Inc., 1989.
- Moraña, Madel (ed). *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg: University of Pittsburg, 2002.
- Olalquiaga, Celeste. *Megalópolis*. Caracas: Monte Avila Editores, 1993.
- . "Las ruinas del futuro: arquitectura modernista y kitsch". *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Muñoz, Boris & Spitta, Silvia, (eds.). Pittsburg, PA: Biblioteca de América, 2003. 207-220.
- Pike, Steve. *The Body and the City. Psychoanalysis, Space and Subjectivity*. Londres: Routledge, 1996.
- Poblete, Juan. "La crónica, el espacio urbano y la representación de la violencia en la obra de Pedro Lemebel". *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Muñoz, Boris & Spitta, Silvia, (eds.). Pittsburg, PA: Biblioteca de América, 2003. 117-140.
- Reguillo-Cruz, Rossana. "Las derivas del miedo. Intersticios y pliegues en la ciudad contemporánea". *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Muñoz, Boris & Spitta, Silvia, (eds.). Pittsburg, PA: Biblioteca de América, 2003. 161-184.
- . "¿Guerreros o ciudadanos? Violencia (s). Una cartografía de las interacciones urbanas". *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg: University of Pittsburg, 2002. 51-68.
- Sassen, Saskia (ed). *Global networks. Linked cities*. New York: Routledge, 2000.
- . *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1991
- Sharpe, William & Wallock, Leonard (eds.). *Vision of the Modern City*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989.

-
- Sica, Paolo. *Historia del urbanismo. El siglo XIX*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1981.
- Soja, Edward W. *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell Publishers, 2000.
- . *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. New York: Veso, 1990.
- Weber, Max. *La ciudad*. Madrid: La Piqueta Ediciones, 1987.
- Zimmerman, Marc. “Fronteras latinoamericanas y las ciudades globalizadas en el nuevo (des)orden mundial”. *Universitas Humanistica*, 56 (2003). 28-51.

Indice